



MAURICIO MUÑOZ
Sociólogo y Doctor en Ciencias Sociales, Coordinador
Observatorio Laboral, Universidad de O'Higgins.

Brechas de género y salarios de subsistencia: la urgente deuda de Chile con sus trabajadores

En Chile, la discusión sobre el sueldo mínimo es tripartita, en ella comparecen el gobierno, la Confederación de la Producción y del Comercio (CPC) y la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), y en este sentido cumple con los estándares democráticos que están en la base del diálogo social. Si bien esto es una muestra de la madurez de los actores políticos del país, al mismo tiempo, hay que decir que la materialización de esta discusión es insuficiente. Es decir, el aumento del sueldo mínimo a \$529 mil, si bien implica un avance en materia salarial, aún es exiguo, sobre todo si consideramos que este es un valor "bruto", al que hay que descontarle las imposiciones legales, con lo cual el sueldo líquido mínimo se reduciría a unos \$430 mil, lo que claramente impide tener un nivel de vida digno a quienes lo percibe. Si bien, por un lado, significa un piso base garantizado para las personas que tienen un contrato de trabajo, al mismo tiempo, es un factor que tiende a retener la ma-

yor parte de los salarios cercanos a este valor, que, en todo caso, a pesar de posicionarse por sobre los salarios mínimos de Sudamérica, es insuficiente para el costo de la vida que tiene Chile.

En efecto, según la última Encuesta Suplementaria de Ingresos (ESI) del Instituto Nacional de Estadísticas (INE), en Chile, el ingreso promedio real mensual es de \$757.752, mientras que la mediana del país, es decir, la mitad de los trabajadores percibe ingresos por debajo de los \$502.604. En la región de O'Higgins, el promedio de ingresos registrado es de \$589.287 y la mediana llega a los \$450.000. Así, en ambos casos, tanto a nivel país como en la región, el 50% de las personas tienen ingresos que están cercanos o son menores que el sueldo mínimo.

A esto hay que agregarles la situación de la mujer, en tanto que los ingresos del país muestran importantes brechas de género, que pauperizan los ingresos de las trabajadoras.

La matriz productiva chilena, basada en la explotación de materias primas, principalmente cobre y frutas que se exportan a países asiáticos, Europa y Estados Unidos, si bien requiere ocupaciones con alto nivel de especialización en funciones específicas, en general, el mercado del trabajo local está formado por ocupaciones denominadas "elementales", las que representan el 17% de los empleos, y por vendedores de comercios, que son el 21%. Es decir, el 38% de las personas que trabajan en Chile lo hacen en ocupaciones que no requieren altos niveles de cualificación para realizarse, y sus remuneraciones tienden a ser bajas, a pesar de la importancia sustancial de estos empleos. En este sentido, se esperaría que una sofisticación de la matriz productiva nacional redundara en la necesidad de ocupaciones con mayor nivel de especialización técnica y profesional, lo que debería estar asociados a trabajos mejor remunerados y a mejores condiciones de vida de las personas en general.